

pado de leopardo, hombres con suspensorios besándose, una mujer revestida de lustrosas plumas verdes de aspecto húmedo que lucía un arnés negro con polla. Le dije a mi amigo que había muchas ciudades donde se predicaba la tolerancia, pero Ámsterdam la practicaba realmente, incluso *hacía alarde* de ella. Mientras hablaba, se deslizó por uno de los canales una larga gabarra; a bordo tocaba una banda de rock compuesta sólo por chicas, y unas mujeres vestidas con leotardos transparentes agitaban los brazos para saludar al público congregado en la orilla. Las mujeres blandían consoladores.

Pero mi cínico amigo holandés me dirigió una mirada de hastío (y escasamente tolerante); parecía tan indiferente a los actos de los gays como las prostitutas, en su mayoría de origen extranjero, asomadas a las ventanas y puertas de De Wallen, el barrio rojo de Ámsterdam.

—Ámsterdam está muy *desfasado* —dijo mi amigo holandés—. Ahora la movida gay de Europa está en Madrid.

—Madrid —repetí, como tengo por costumbre. Yo era un viejo bi, un sesentón, que vivía en Vermont. ¿Qué sabía yo de la movida gay europea de hoy día? (¿Qué sabía yo de cualquier *movida*, joder?)

Por recomendación del señor Bovary me alojé en el Santo Mauro de Madrid; era un hotel tranquilo y bonito en Zurbano, una calle estrecha y arbolada (un barrio residencial, pero de aspecto aburrido) «a un paso de Chueca». Bueno, a un paso muy largo de Chueca, «la zona gay de Madrid», como describió Chueca el señor Bovary en el mensaje de correo electrónico que me envió. La carta mecanografiada de Bovary, enviada al tío Bob al Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos de Favorite River, no incluía remite, sino sólo una dirección de correo electrónico y el número de teléfono móvil del señor Bovary.

El contacto inicial, por carta, y mi posterior comunicación por correo electrónico con la perdurable pareja de mi padre inducían a pensar en una curiosa combinación de lo antiguo y lo contemporáneo.

«Creo que ese tal Bovary es de la edad de tu padre, Bill», me había advertido el tío Bob. Yo sabía, por *El Búho* de 1940, que William Francis Dean había nacido en 1924, lo que significaba que mi padre y el señor Bovary contaban ochenta y seis años. (Sabía también por ese mismo *Búho* de 1940 que, por entonces, Franny Dean quería ser «artista», pero ¿de qué clase?)

Por los mensajes de «ese tal Bovary», como el Hombre de la Raqueta llamaba al amante de mi padre, deduje que mi padre no estaba

informado de mi viaje a Madrid; aquello había sido todo idea del señor Bovary, y yo seguía sus instrucciones. «El día que llegues date una vuelta por Chueca. Acuéstate temprano esa primera noche. Tú y yo quedaremos para cenar la segunda noche. Daremos un paseo; acabaremos en Chueca, y te llevaré al local. Si tu padre se enterase de que vienes, se sentiría cohibido», decía el mensaje del señor Bovary.

¿Qué local?, me pregunté.

«Franny no era mala persona, Billy», me había dicho el tío Bob cuando yo aún estudiaba en Favorite River. «Sólo era un poco del ramo del agua, no sé si me entiendes.» Probablemente el lugar al que me llevaría Bovary en Chueca era uno de *esos* locales. Pero ¿qué clase de local gay era? (Incluso un viejo bi de Vermont sabe que hay locales gays de distintas clases.)

En Chueca, con el calor de primera hora de la tarde —más de treinta grados—, la mayoría de las tiendas seguían cerradas por la siesta; sin embargo, era un calor seco, muy agradable para alguien que llegaba a Madrid procedente de Vermont en la temporada de la mosca negra. Tuve la sensación de que Hortaleza era una calle bulliciosa de sexo gay comercializado; se respiraba un ambiente de turismo sexual incluso a la hora de la siesta. Rondaban por allí hombres solos de cierta edad, y únicamente algún que otro grupo de gays jóvenes; habría más de lo uno y de lo otro los fines de semana, pero ésa era una tarde laborable. No se observaba gran presencia lesbiana, o yo no la veía, pero ésa fue mi primera impresión de Chueca.

En Hortaleza, casi en la esquina con la calle de Augusto Figueroa, había un local nocturno llamado A Noite, pero de día esos locales pasaban inadvertidos. Fue el nombre portugués del local, tan fuera de lugar, lo que me llamó la atención —*a noite* significa «la noche» en portugués—, así como los cartelones raídos que anunciaban los números, incluido uno de *drag queens*.

Las calles entre Gran Vía y la parada de metro de la plaza de Chueca estaban llenas de bares y sex shops y tiendas de ropa para gays. Taglia, la tienda de pelucas de la calle de Hortaleza, estaba enfrente de un gimnasio para culturistas. Vi que las camisetas de Tintín estaban de moda y —en la esquina de la calle de Hernán Cortés— había en un escaparate maniquís masculinos en tanga. (Si hay algo por lo que me alegro de ser ya demasiado mayor es el tanga.)

Pugnando con el *jet lag*, yo sencillamente intentaba pasar el día y aguantar en pie el tiempo necesario para cenar temprano en mi hotel antes de acostarme. Estaba tan cansado que no pude apreciar a los musculosos camareros en camiseta del café Mamá Inés de Hortaleza;

allí había sobre todo hombres en pareja, además de una mujer sola. Llevaba chanclas y un top sin espalda; tenía un rostro anguloso y se la veía muy triste, con la boca apoyada en una mano. Estuve a punto de intentar ligármela. Recuerdo que me pregunté si, en España, las mujeres eran muy delgadas hasta que de pronto se engordaban. Empezaba a fijarme en cierto tipo de hombre: delgado, en camiseta sin mangas, pero con una pequeña barriga de aspecto vulnerable.

Tomé un ‘café con leche’ a las cinco, hora a la que yo ya no suelo tomar café, pero pretendía mantenerme despierto. Después encontré una librería en la calle de Gravina; Libros, creo que se llamaba. (Hablo en serio, una librería que se llamaba «Libros».) La novela inglesa, en inglés, estaba bien representada, pero no había nada contemporáneo, ni siquiera del siglo XX. Examiné la sección de narrativa durante un rato. En la acera de enfrente, en diagonal, ya en la esquina de San Gregorio, había un bar al parecer muy frecuentado, el Ángel Sierra. La siesta debía de haber terminado para cuando yo salí de la librería, porque el bar empezaba a estar muy concurrido.

Pasé ante una cafetería, también en la calle de Gravina, donde vi a unas lesbianas de cierta edad, vestidas elegantemente, sentadas a una mesa junto a una vidriera; a mi limitado entender, aquéllas eran las únicas lesbianas que había en Chueca, y casi las únicas mujeres presentes en toda la zona. Pero aún era media tarde, y yo sabía que en España todo sucede al final del día. (Antes había estado en Barcelona, en viajes de promoción de traducciones de mis novelas. Mi editorial en lengua española tiene su sede allí.)

Cuando me marchaba de Chueca —para volver al Santo Mauro, a un «paso muy largo» de allí—, me detuve en un bar de osos en la calle de las Infantas. El bar, llamado Hot, estaba atestado de hombres, todos de pie, pecho con pecho y espalda con espalda. Eran hombres mayores, y ya saben ustedes cómo son los osos: hombres de aspecto corriente, regordetes con barba, muchos de ellos bebedores de cerveza. Aquello era España, así que, claro está, abundaba el humo de tabaco; no me quedé mucho tiempo, pero en Hot reinaba un ambiente cordial. Los camareros con el torso desnudo eran los más jóvenes del establecimiento y, como insinuaba el nombre del local, de lo más sexy.

El hombrecillo acicalado que se reunió conmigo en un restaurante de la plaza Mayor la noche siguiente no me evocó de inmediato la imagen de un joven soldado con los pantalones bajados hasta los tobillos, leyendo *Madame Bovary* durante un temporal en el mar, mien-

tras —con el trasero al aire— saltaba de inodoro en inodoro hasta conocer a mi joven padre.

El señor Bovary lucía un cabello del todo blanco cuidadosamente recortado, al igual que el bigote, corto y formal. Llevaba una camisa blanca de manga corta bien planchada con dos bolsillos en el pecho, uno para las gafas de lectura, el otro cargado de bolígrafos. Su pantalón caquí tenía la raya muy marcada; quizás el único elemento contemporáneo de su anticuada imagen de hombre relamido era sus sandalias. Era la clase de sandalias que llevan los jóvenes amantes de las actividades al aire libre cuando vadearán ríos impetuosos y corren por arroyos de aguas rápidas; esas sandalias que, por su confección y su suela robustas, se asemejan a las zapatillas para correr.

—Bovary —dijo; me tendió la mano, con la palma hacia abajo, de modo que no supe si esperaba que se la estrechara o la besara. (Se la estrechó.)

—Me alegra mucho de que se haya puesto en contacto conmigo —dijo.

—No sé a qué esperaba tu padre, ahora que tu madre..., ‘una mujer difícil’..., lleva muerta treinta y dos años. Son treinta y dos, ¿no? —preguntó el hombrecillo.

—Sí —dijo.

—Dime cuál es tu estado serológico con relación al VIH; informaré a tu padre —dijo Bovary—. Se muere de ganas de saberlo, pero yo lo conozco: él mismo nunca te lo preguntará. No hará más que preocuparse cuando hayas vuelto a casa. ¡Lo posterga todo hasta la saciedad! —exclamó Bovary afectuosamente, dirigiéndome una brevíssima sonrisa.

—Siempre he dado negativo en las pruebas; no soy seropositivo —le dije.

—Nada de cócteles tóxicos para ti. ¡Así me gusta! —exclamó el señor Bovary—. Nosotros tampoco tenemos el virus, por si te interesa. Admito que sólo he mantenido relaciones sexuales con tu padre, y tu padre, salvo por aquel escarceo francamente *desastroso* con tu madre, sólo ha tenido relaciones sexuales conmigo. ¿Verdad que es *aburrido*? —me preguntó el hombrecillo, sonriendo otra vez—. He leído tus libros; y también, claro está, tu padre. A juzgar por lo que escribes..., en fin, ¡es lógico que tu padre se preocupe por ti! Si te ha *pasado* la mitad de lo que has escrito, ¡debes de haber tenido relaciones sexuales *con todo el mundo!*!

—Con hombres y mujeres, sí; con *todo el mundo*, no —dije, devolviéndole la sonrisa.

—Sólo te lo pregunto porque él *no* te lo preguntará. Para serte sincero, conocerás a tu padre y tendrás la sensación de que has tenido entrevistas más profundas que todo lo que vaya a preguntarte o incluso pueda *ddecirte* él —me previno el señor Bovary—. No es que no le importe... No exagero cuando digo que está *siempre* preocupado por ti, pero tu padre es un hombre convencido de que no hay que invadir la intimidad de la gente. Tu padre es un hombre *muy* celoso de su intimidad. Sólo lo he visto hacer pública una cosa.

—¿Cuál? —pregunté.

—No voy a estropearte el espectáculo. Por cierto, ya deberíamos ponernos en marcha —anunció el señor Bovary, consultando su reloj.

—¿Qué espectáculo? —pregunté.

—Verás, yo no soy el artista, yo sólo administro el dinero —dijo Bovary—. El *escritor* de la familia eres tú, pero te aseguro que tu padre sabe contar una historia, aunque sea siempre la misma historia.

Lo seguí, a paso bastante vivo, desde la plaza Mayor hasta la Puerta del Sol. Bovary debía de usar esas sandalias especiales porque era aficionado a andar; seguro que en Madrid iba a todas partes a pie. Era un hombre esbelto y en forma; había cenado muy poco y sólo había bebido agua mineral.

Debían de ser las nueve o las diez de la noche, pero había mucha gente en la calle. Cuando recorríamos Montero, pasamos ante unas prostitutas; «chicas trabajadoras», las llamó Bovary.

Oí a una de ellas decir la palabra ‘guapo’.

—Dice que eres guapo —tradujo el señor Bovary.

—Quizá se refiera a *usted* —dije, mientras pensaba que realmente era guapo.

—No se refiere a mí; a mí me conoce —se limitó a decir Bovary. No se andaba con frivolidades, el señor Administrador del Dinero, pensé.

Luego cruzamos la Gran Vía en dirección a Chueca, pasando junto al imponente edificio de Telefónica.

—Llegamos un poco temprano —decía el señor Bovary a la vez que consultaba de nuevo su reloj. Pareció plantearse (y luego replantearse) dar un rodeo—. En esta calle hay un bar de osos —comentó, y se detuvo en el cruce de Hortaleza y la calle de las Infantas.

—Sí, el Hot. Anoche tomé una cerveza allí —dije.

—Los osos no están mal si te gustan las *barrigas* —comentó Bovary.

—Yo no tengo nada contra los osos; sólo me gusta la cerveza —dije—. Es lo único que bebo.

—Yo sólo bebo ‘*agua con gas*’ —respondió el señor Bovary, dirigiéndome su brevíssima sonrisa.

—Agua mineral, con burbujas, ¿no? —pregunté.

—Entonces supongo que a los dos nos gustan las *burbujas* —se limitó a decir Bovary; había seguido caminando por Hortaleza. Yo no prestaba mucha atención a la calle, pero reconocí el local nocturno de nombre portugués: A Noite.

Cuando el señor Bovary me hizo pasar, pregunté:

—Ah, ¿es éste el local?

—Afortunadamente, *no* —contestó el hombrecillo—. Sólo estamos matando el rato. Si aquí la función estuviera a punto de empezar, no te habría traído, pero aquí la función empieza más tarde. A estas horas se puede tomar una copa tranquilamente.

Rondaban por el bar unos cuantos chicos gay, muy flacos.

—Si estuvieses solo, se te habrían echado todos encima —me explicó Bovary. La barra era de mármol negro, o quizás de granito abrillantado. Tomé una cerveza y el señor Bovary tomó un ‘*agua con gas*’ mientras esperábamos.

En A Noite había un salón de baile de tonalidades azules y un escenario con un arco proscenio; entre bastidores sonaban canciones de Sinatra. Cuando utilicé la palabra «retro» en voz baja para describir el local, Bovary dijo únicamente: «Eso, siendo generosos». Consultaba una y otra vez su reloj.

Cuando volvimos a salir a Hortaleza, eran casi las once de la noche; nunca había visto a tanta gente en la calle. Cuando Bovary me llevó al local nocturno, me di cuenta de que había pasado por delante sin fijarme en él, al menos dos veces. Era un local muy pequeño con una larga cola en la entrada, en Hortaleza, entre la calle de las Infantas y San Marcos. Sólo entonces vi el nombre del local, por primera vez. El local se llamaba SEÑOR BOVARY.

—Ah —dije mientras, precedido por Bovary, rodeaba la cola hasta la entrada de artistas.

—Primero veremos actuar a Franny; lo conocerás *después* —decía el hombrecillo—. Con un poco de suerte no te verá conmigo hasta el final de su número, o al menos poco antes del final.

La misma clase de personajes que había visto en A Noite, aquellos chicos gays flacos, se apiñaban ante la barra, pero nos dejaron sitio al señor Bovary y a mí. En el escenario actuaba una bailarina transexual, muy pasable; no tenía nada de *retro*.

—Ofrece sus servicios desvergonzadamente a los heteros —me surró Bovary al oído—. Ah, y a hombres como tú, supongo. ¿Es tu tipo?

—Sí, ciertamente —contesté. (En mi opinión, la luz estroboscópica de color verde lima que iluminaba con sus destellos a la bailarina era un poco chabacana.)

No se trataba exactamente de un *striptease*; sin duda la bailarina se había operado las tetas, y estaba muy orgullosa de ellas, pero no se quitó el tanga en ningún momento. El público le dedicó un gran aplauso cuando abandonó el escenario pasando entre los espectadores, pasando incluso junto a la barra, todavía con su tanga pero con el resto de la ropa en la mano. Bovary le dijo algo en español y ella sonrió.

—Le he dicho que eres un invitado muy importante, y que ella es ciertamente tu tipo —me dijo el hombrecillo con tono pícaro. Cuando me dispuse a decir algo, se llevó el índice a los labios y susurró: Yo te haré de intérprete.

Al principio pensé que bromeaba —en cuanto a eso de hacer de intérprete para mí si después me veía con la bailarina transexual—, pero Bovary se refería a hacer de intérprete de las palabras de mi padre.

—¡Franny! ¡Franny! ¡Franny! —coreaba el público sin cesar.

Desde el instante en que Franny Dean pisó el escenario, todo fueron exclamaciones de admiración; no era sólo el brillo y la profundísima degolladura del vestido, pero, al ver ese abismal escote y la desenvoltura con que mi padre lo lucía, entendí por qué el abuelo Harry sentía debilidad por William Francis Dean. La peluca era una melena de pelo negro azabache con mechas plateadas; hacía juego con el vestido. Los pechos postizos eran modestos —pequeños, como todo él— y el collar de perlas no era ostentoso, y sin embargo reflejaba la luz azul pastel del escenario. Esa misma luz azul pastel había coloreado de un gris nacarado todo lo que era blanco en el escenario y entre el público, e incluso la camisa blanca del señor Bovary, allí junto a la barra, donde estábamos sentados.

—Tengo una pequeña historia que contaros —dijo mi padre a los espectadores, en español—. No me llevará mucho tiempo —añadió con una sonrisa; se toqueteaba las perlas con sus dedos viejos y delgados—. ¿La habéis oído ya antes, quizás? —preguntó, a la vez que Bovary me susurraba, en inglés, al oído.

—*‘Sí!’* —exclamaron los espectadores a coro.

—Lo siento —contestó mi padre—, pero es la única historia que conozco. Es la historia de mi vida, y de mi único amor.

Yo ya conocía la historia. Era, en parte, lo que me había contado él cuando me recuperaba de la escarlata, sólo que con más detalle de lo que habría podido recordar un niño.

—Imaginaos conocer al amor de tu vida en un *váter!* —exclamó